

## Capítulo 32. Carta N° 32.



No, querida amiga, los dedos no le volvieron a crecer a pesar del Ello y del análisis. Pero esto no excluye el que, alguna vez, se encuentre un método capaz de conducir al Ello a que forme otra vez los miembros que han sido amputados. Los experimentos llevados a estudiar el crecimiento de órganos separados del organismo demuestran que son posibles muchas cosas que no hace aún treinta años se consideraban de todo punto imposibles. Pero tengo la intención de abusar de su buena fe con cosas aún más extrañas.

¿Qué piensa usted, por ejemplo, del Yo? Yo soy Yo, éste es un enunciado básico de nuestra vida. Mi afirmación de que este enunciado, que da expresión a la conciencia del yo en el hombre, es un error no va a conmover al mundo como lo conmovería si se le prestase fe. Nadie se lo va a creer, nadie se lo puede creer, ni yo mismo lo creo, y, sin embargo, es verdad.

Yo no soy en absoluto Yo, sino una forma continuamente cambiante en que se manifiesta el Ello, y la conciencia del Yo es una treta del Ello para inducir a error al hombre en su propio conocimiento, para facilitarle el autoengaño, para hacerlo un instrumento más dócil de la vida.

Yo. Con el progresivo atontamiento a que conduce la vejez nos acostumbramos tanto a esta idea de grandeza imbuida por el Ello, que olvidamos totalmente la edad en que estábamos frente a esta idea sin comprenderla, en que hablábamos de nosotros en tercera persona. “Emmy mala, azotes”. “Patrik bueno, chocolate”. ¿Qué persona mayor puede gloriarse de poseer tamaña objetividad?

No quiero afirmar que el concepto del Yo, la idea de la propia personalidad, se origina recién en el momento en que el niño aprende a decir este shibboleth del espiritual empobrecimiento. Pero sí se puede afirmar muy bien que la conciencia del Yo, el arte y manera como nosotros los mayores usamos este concepto, no nace con el hombre, sino que se desarrolla poco a poco, se aprende.

Usted tiene que permitirme que hable un poco por encima de las cosas. Nadie se las arregla en el fárrago del Yo, y nadie conseguirá arreglárselas en los tiempos más remotos.

Hablo con toda intención de la conciencia del Yo tal como nosotros, las personas mayores, la sentimos. Pues no es en absoluto seguro que el niño recién nacido carezca de la conciencia de ser un individuo, es más, yo estoy inclinado a creer que él también posee una tal conciencia, lo que pasa es que no puede expresarla por medio del lenguaje. Creo incluso que hasta el embrión posee una tal conciencia de su individualidad, y también el óvulo fecundado, el no fecundado y el espermatozoide. Y de aquí se deduce que para mí cada célula tiene conciencia de su propia individualidad, que cada tejido la tiene, e igualmente cada órgano y cada sistema. Con otras palabras: cada unidad de Ello puede meterse en la cabeza, si le place, que es una individualidad, una persona, un Yo.

Sé muy bien que esta manera de ver las cosas embrolla todos los conceptos, y si usted diese de lado a la carta de hoy y no la leyese, no me extrañaría por eso. Y con todo, tengo que decir que la mano humana tiene su propio Yo, que sabe lo que hace y que es consciente de este su saber. Y cada célula de los riñones y cada célula de las uñas tienen igualmente su conciencia y su actuar consciente, su conciencia del Yo. No lo puedo demostrar, pero lo creo porque soy médico, y he visto que el estómago responde de una manera determinada a determinadas cantidades de comida, que prevé la cantidad y la especie de sus secreciones, sopesa lo que se le va a cargar y, según eso, toma las consiguientes medidas para que los ojos, los oídos, la nariz, la boca, etc., actúen como órganos a su servicio para determinar lo que va a hacer. Lo creo porque un labio que no quiere besar, aun cuando el Yo del hombre lo anhela, consigue hacerse una ampolla, ponerse

malo, dar a conocer su opuesta voluntad de manera inequívoca y con probado éxito. Lo creo porque un pene puede protestar contra un coito ávidamente deseado por el Yo de la totalidad dando lugar a un herpes en su superficie, o logra vengarse de ser violado por la prepotencia del instinto sexual dejándose contagiar de sífilis o de gonorrea. Porque un útero logra oponerse tozudamente al embarazo por más que el Yo consciente de la mujer lo desea tan entrañablemente que se somete a un tratamiento o se hace operar. Porque un riñón puede negarse a trabajar si el Yo del hombre exige algo inicuo. Y porque cuando se consigue convencer a la conciencia del labio, del estómago, del riñón, del pene, del útero, a que acepten la voluntad del Yo de la totalidad, entonces desaparecen todas sus manifestaciones de hostilidad, todos los síntomas de enfermedad.

Para no ser totalmente incomprendido por usted en mis ya de por sí nada claras manifestaciones, tengo que llamarle la atención expresamente sobre una cosa, este Yo que yo reivindico para las células, los órganos, etc., no es, naturalmente, lo mismo que el del Ello. En absoluto. Este Yo es más bien un producto del Ello, lo mismo que, por ejemplo, son productos del Ello los sonidos, el movimiento, el pensar, el construir, el caminar erecto, el enfermar, el bailar o el ir en bicicleta. La unidad del Ello actualiza su vida unas veces de esta y otras veces de aquella manera. Convirtiéndose en una célula de orina o ayudando a formar una uña, formando un leucocito o una célula cancerosa, dejándose envenenar, o evitando una piedra picuda y siendo consciente de todo esto y de cualquier otro fenómeno. Salud, enfermedad, talento, pensamiento, acción, pero ante todo el percibir, el querer y el ser consciente son únicamente productos del Ello, manifestaciones de vida. Sobre el Ello mismo no sabemos nada.

Todo esto es bastante entreverado. Pues si usted se imagina cómo se entremezclan mutuamente los Ellos particulares y el Ello de la totalidad, cómo aquí, allá, ahora de esta manera, luego de la otra, se unen y se separan, cómo de pronto hacen uso del Yo de la totalidad para sacar algo a la conciencia y, a la vez, reprimir esto o aquello en las profundidades del inconsciente, como llevan algunas cosas a la conciencia de la totalidad y otras simplemente a las conciencias particulares, cómo, por otra parte, encierran en cámaras determinadas cosas que pueden ser luego sacadas con ayuda de la memoria o de la reflexión y ser conducidas a la conciencia total, mientras la mayor parte, con mucho, de la vida, del pensar, del sentir, del percibir, del querer, del actuar se mueve en profundidades ininvestigables, si usted piensa todas estas cosas, llegará a tener una ligera idea de lo pretencioso que es el querer entender algo. Pero, gracias a Dios, el entender no es necesario, y el querer entender es sólo un estorbo. El organismo humano está constituido de una manera extraña que -si le place, si no, no- es capaz de dar respuestas tan formidables a una palabra suave, a una sonrisa amable, a un apretón de manos, a un corte de navaja, a una cucharadita de té, que no nos admiran porque son cotidianas. Yo me he ocupado de toda clase de actividades médicas, unas veces de una manera, otras de otra, y he llegado a la conclusión de que todos los caminos llevan a Roma, el de la ciencia y el de los curanderos. Por eso no considero como especialmente importante cuál es el camino que uno sigue, supuesto el caso que se dispone de tiempo y no se tiene demasiado amor propio. A lo largo de mis años de praxis se han desarrollado en mí costumbres frente a las cuales soy impotente, a las que tengo que seguir porque me parecen loables. Y, entre estas costumbres, está encima de todas el psicoanálisis, es decir, el intento de retrotraer a la conciencia lo inconsciente. Otros lo hacen de otra manera. Yo estoy conforme con mis resultados.

Pero yo quería hablar del Yo y de su complejidad. Bajo la palabra Yo se suele entender únicamente lo que yo hace un momento llamaba Yo de la totalidad, del cual me valgo como punto de ataque en mis experimentos psicoanalíticos, del cual también únicamente puedo valerme. Pero también el Ello de la totalidad tiene sus particularidades, que todo el mundo conoce, pero a las que raramente presta atención por lo corriente y naturales que son. El yo de la totalidad -llamémosle de ahora en adelante simplemente yo- no es un ser que se pueda abarcar fácilmente con la vista. En cuestión de pocos minutos da vuelta a las diferentes partes de su extremadamente escabrosa e irisada superficie. Ora es un Yo que procede de nuestra infancia, ora uno de cuando teníamos veinte años; ora es un Yo moral, ora sexual, ora asesino. Ahora es piadoso, un poco después descarado; por la mañana es el de un oficial o un empleado, un Yo profesional, y por la tarde es el Yo de un jugador de naipes, de un sádico o de un pensador. Si usted recapacita en todos estos Yos -y se podrían decir aún cantidades innumerables de ellos-, que todos estos Yos están a la vez en

el hombre, puede usted imaginarse qué fuerza reside en el inconsciente, qué excitante es su observación, qué indecible alegría constituye influir sobre este Yo, esté frente a nosotros consciente o inconscientemente. Ay, querida amiga, recién desde que me dedico al análisis he aprendido a saber lo hermosa que es la vida. Y cada día es más hermosa. ¿Me permite que le diga algo que, siempre de nuevo, me coloca en estado de admiración? El pensar del hombre -el pensar del Ello o, al menos, la vida inconsciente del Yo- parece que se mueve como una bola. Esa es la impresión que yo tengo. No veo más que hermosas bolas redondas. Cuando uno se pone a escribir y a mirar un determinado número de palabras así como se le van ocurriendo, se van organizando ellas mismas en una fantasía redonda, en una composición en forma de bola. Y si se le manda hacer lo mismo a uno de nuestros semejantes, resulta también una bola. Y estas bolas se deslizan rodando, giran con rapidez o despacio y presentan irisaciones en miles de colores. De colores tan hermosos como los que vemos con los ojos cerrados. Es una maravilla. O, para decirlo de otra manera, el Ello nos obliga a asociar en formas geométricas que se organizan -cromáticamente- de una manera semejante a como acontece con esos lindos instrumentos ópticos que, al hacerlos girar, sus trozos de cristales cromados dan origen a siempre nuevas figuras.

Ahora debería a usted decirle algo sobre el origen de las enfermedades, pero resulta que no sé nada. Y también sobre la curación debería hablar, si quisiese corresponder a sus deseos. Pero sobre esto sé aún mucho menos. Para mí son ambas cosas simples hechos que acepto. A lo sumo, sobre la cuestión del tratamiento podría decir algo. Y lo voy a decir.

El objetivo del tratamiento, de todo tratamiento médico, es el conseguir ejercer influjo sobre el Ello del hombre. Por lo general es costumbre pasar, a este objeto, a un tratamiento directo de determinadas agrupaciones de Ellos. Se hecha mano del bisturí o de sustancias químicas o se aplica la luz, el aire, el calor, el frío, la corriente eléctrica o determinados tipos de radiaciones. Nadie es capaz de hacer más que intentar llevar a cabo algunas intervenciones de las que no se puede predecir cuáles van a ser las consecuencias. Cómo va a responder el Ello a nuestras intervenciones puede decirse a menudo con una cierta precisión. Muchas veces suponemos, basados en vagas esperanzas, que el Ello se comportará bien, que estará de acuerdo con nuestra intervención y que contribuirá por su parte a poner en movimiento las fuerzas curativas. Las más de las veces de lo único que se trata es de dar bandazos a ciegas, cosa a la que ni la crítica más comprensiva le puede encontrar el menor sentido. Pero a fin de cuentas se trata de un camino viable, y una experiencia de siglos nos demuestra que es posible alcanzar resultados, resultados favorables. Sólo que no se debe olvidar que no es el médico quien provoca la curación, sino el enfermo. El enfermo se cura a sí mismo, por propia virtud, lo mismo que por propia virtud anda, come, piensa, respira, duerme.

Por lo general nos hemos conformado con esta clase de tratamiento, el cual, al ocuparse de los síntomas, se llama tratamiento sintomático. Y nadie va a afirmar que no se ha hecho bien en ello. Pero nosotros, los médicos, que, por profesión, estamos condenados a hacer el papel de Dios, el señor, y, como consecuencia, somos propensos a ser presuntuosos en nuestros deseos, nos morimos por inventar un tratamiento que no trate de eliminar el síntoma, sino la causa de la enfermedad. Queremos ejercer terapéutica etiológica. Así lo llamamos los médicos en nuestro lenguaje grecolatino. Con este objeto se ha ido a la búsqueda de las causas de las enfermedades. Primero se estableció teóricamente, con toda profusión de palabras, que hay dos causas supuestamente diferentes, una interna, que procede del hombre mismo, o causa interna en latín, y una externa, o causa externa, que procede del medio ambiente. Y una vez unificados los criterios sobre la base de esta simple dicotomía, nos lanzamos con verdadero furor a la búsqueda de la causa externa. Y aquí tenemos a los bacilos, los resfriados, el comer demasiado, el beber más de la cuenta, los accidentes, el trabajo y todas las demás cosas. Y a la causa interna se la ha olvidado. ¿Por qué? Porque es muy desagradable ponerse a escudriñar en el propio interior -y solamente en uno mismo se encuentran algunas centellas que aclaran la oscuridad de las causas internas, de la disposición-. Porque existe un algo a lo que el análisis freudiano llama resistencia de los complejos, del complejo de Edipo, de los complejos de impotencia, de los complejos masturbatorios, etc., y porque estos complejos son terribles. De todas formas, ha habido siempre, y en todas las épocas, médicos que han levantado su voz para decir: el hombre hace sus propias enfermedades, en él están las causas internas, él es la causa de la enfermedad, y no hay por qué buscar a

otro. Ante tales declaraciones se ha inclinado afirmativamente la cabeza, se las ha repetido y se ha ido otra vez a por las causas externas con profilaxis, desinfección, etc. Luego vino otra gente con una voz muy potente y que gritaba sin cesar: ¡Inmunizarse! Se trataba únicamente de una acentuación de la verdad de que es el enfermo mismo quien se crea la enfermedad. Pero cuando se pasó a la aplicación práctica del inmunizarse se siguió atendiendo otra vez sólo a los síntomas, y lo que parecía un tratamiento etiológico se había convertido imperceptiblemente en un tratamiento sintomático. Lo mismo aconteció con la sugestión y, para decirlo enseguida, también con el psicoanálisis. También él utiliza los síntomas, exclusivamente los síntomas, aun cuando sabe que el hombre sólo es la causa de la enfermedad.

Y con esto me hayo ya en el punto clave. No se puede sino tratar sintomáticamente y no se puede sino tratar etiológicamente. Pues ambas cosas son lo mismo. No existe la menor diferencia entre los dos conceptos. El que aplica un tratamiento trata a la causa interna, al hombre, que, por medio de su Ello, dio origen a la enfermedad. Y para tratarlo a él tiene el médico que atender a los síntomas, bien sea que trabaje con el fonendoscopio y con los rayos X, o bien observe la lengua a ver si está sucia, o si la orina está turbia, o se ponga a inspeccionar una camisa sucia o un par de cabellos cortados. En esencia es lo mismo el que uno se ponga a examinar con todo cuidado los síntomas, que le lea una carta al enfermo, que le mire las rayas de la mano o que se ponga a tratar con él el sonambulismo. Siempre es un tratamiento del hombre y, con ello, de sus síntomas. Pues el hombre, su manifestación, es un síntoma del Ello, ese objeto de todo tratamiento. Su oído es un síntoma lo mismo que el crepitar de sus pulmones; su ojo es un síntoma, una manifestación del Ello, tanto como lo pueda ser la erupción del sarampión; su pierna es un síntoma en el mismo sentido en que lo es el crujir de los huesos que delata la fractura de esa pierna.

Si, pues, todo es lo mismo, preguntará usted: ¿Qué objeto tiene entonces el que Patrik Troll se ponga a escribir un libro tan largo, cuyas frases suenan como si pretendiesen ser ideas nuevas? No, querida amiga, no tienen esa pretensión, sólo suenan así. En realidad estoy convencido de que con el psicoanálisis no hago nada diferente de lo que antes hacía cuando recetaba baños calientes, ordenaba dietas, daba masajes y esparcía órdenes en tono dominante, cosas que aún ahora sigo haciendo. Lo nuevo es el punto de ataque del tratamiento, el síntoma que a mí me parece estar presente en todas las circunstancias, el Yo. Mi tratamiento, en cuanto no es lo mismo que lo que hacía antes, consiste en el intento de hacer conscientes los complejos inconscientes del Yo, y esto procediendo metódicamente y con toda la astucia y fuerza que tengo a mi disposición. Esto es ya de todas formas algo nuevo, pero no procede de mí, sino de Freud, y lo que yo he agregado es únicamente que yo empleo esa metodología también en el tratamiento de las enfermedades orgánicas. Como soy de la opinión de que el objeto de la actividad médica es el Ello, como soy de la opinión de que este Ello, con autónomo poder, forma la nariz, provoca la pulmonía, hace nervioso al hombre, le prescribe respiración, andar, actuar; como yo además creo que el Ello se deja influir haciendo conscientes los inconscientes complejos del Yo, de la misma manera que se consigue abriendo el vientre con el bisturí; como pienso todo esto, no puedo comprender -mejor dicho, no puedo comprender ya- cómo alguien puede sustentar la opinión de que el psicoanálisis es solo aplicable a neuróticos y que las enfermedades orgánicas hay que tratarlas según otros métodos.

Permítame que me ría de ello.

Siempre suyo,

PATRIK TROLL

*Volver a Publicaciones de Groddeck*

*Volver a Newsletter 4-ex-58*